



cia, andaba desesperado de no encontrar tribunos que quisieran seguirle. Presentóse en esto el joven Escipion Emiliano, que correspondiendo al nombre glorioso de la ilustre familia que le había adoptado (1), pidió servir en la guerra de España en cualquier puesto que al senado le pluguiese señalarle. La inesperada resolución de este joven, parecida á la que en una ocasion semejante había tomado sesenta años hacia su abuelo adoptivo, produjo un cambio súbito en los ánimos de aquella desalentada juventud, que con esto se apresuró á alistarse en la legion voluntaria.

Vino, pues, el cónsul Lúculo á la España Citerior, trayendo consigo como lugarteniente á Escipion Emiliano, y el gobierno de la Ulterior se encomendó en calidad de pretor á Sergio Galba. Llegaron éstos en ocasion que Marcelo había hecho paz con los numantinos, á condicion de que se separasen de los titios, belos y arevacos, y en que el pretor Atilio había destruido muchas ciudades de la Lusitania.

Penetra Lúculo apresuradamente en la Carpetania, pasa el Tajo y pone sitio á Cauca (hoy Coca, en la provincia de Segovia), ciudad que tenía fama de rica. Esto iba buscando Lúculo, que era hombre sin fortuna, y venia ávido de hacerla. Vencedores los cauceos en un encuentro, fueron en otro deshechos y obligados á aceptar la paz. Entregados los rehenes y socorros en ella estipulados, y admitida en la ciudad guarnicion romana, descansaban los sencillos habitantes tranquilos y confiados, cuando á una señal dada se arrojan sobre ellos los soldados de Lúculo, y degüellan bárbaramente á aquellos descuidados é indefensos moradores, sin perdonar edad ni sexo, dando el codicioso cónsul la última mano al horroroso cuadro con un saqueo general que ordenó, desconfiando sin duda de poder saciar de otro mo-

(1) Era hijo de Paulo Emilio, y nieto adoptivo del grande Escipion. Estábale reservada la gloria de tomar y destruir á Cartago, por lo que recibió tambien como su abuelo el sobrenombre de Africano. ¡Destino singular de aquella ciudad famosa! Un Escipion la venció y otro Escipion la borró de sobre la haz de la tierra, dejando sólo un título de gloria á los dos Escipiones.

do la sed de riquezas que le abrasaba. Aterrados los pueblos vecinos con tamaña crueldad y alevosía, abandonaron sus hogares y retiráronse á las ásperas sierras con sus mujeres y sus hijos, entregando ántes á las llamas todo lo que no pudieron llevar á sus rústicas guaridas. La fe romana podia muy bien disputar la primacia á la fe púnica.

Puesto despues sobre Intercacia, y requeridos sus moradores para que bajo ciertas condiciones se rindiesen, «no, le respondieron con dignidad: para admitir vuestras proposiciones, »sería menester que no hubiera llegado á nuestra noticia la prueba de vuestra buena fe que »acabais de dar á los de Cauca.» Largamente se prolongó el sitio de Intercacia, sin que ni ingenios ni asaltos fueran poderosos á rendirla; sitiados y sitiadores llegaron á verse en gran necesidad y penuria; y cuando ya el extremo del hambre forzó á los cercados á capitular, aviniéronse á hacerlo sólo bajo la fe de Escipion, teniendo que devorar el cónsul en silencio dos grandes mortificaciones: la una, la de no poder recoger el botin que codiciaba, y con que acaso se había ya lisonjeado; y la otra, la del menosprecio en que su palabra era tenida, no fiándose de ella los pueblos, ni queriendo pactar con él, no obstante su investidura de jefe y de cónsul.

Allá iba el avaro Lúculo donde calculaba que había riquezas que adquirir. Dirigióse, estimulado de este aguijon, á Pallancia (hoy Palencia), y puso cerco á la ciudad. Pero los cántabros por una parte, la caballería palentina por otra, obligaron al cónsul á levantar apresuradamente el sitio, no sin molestar su retaguardia hasta el Duero. Lúculo, pobre y avariento, desesperaba de no hallar donde satisfacer su codicia; fué asolando el país por donde pasaba y del pillaje que sus tropas ejercian, y á que las excitaba él mismo, se hacia aplicar á sí la parte más pingüe. Hizo execrable su nombre, y entre las maldiciones de los pueblos, prosiguió su correría hasta la Turdetania (151).

Con no ménos monstruosa crueldad y con no menor perfidia se estaba conduciendo el pretor Galba en la region lusitana.

CAPITULO XX

Viriato (desde 150 ántes de J. C. á 140).—Quién era Viriato.—Lo que le movió á salir á campaña.—Eligenle por jefe los lusitanos.—Burla al pretor Vetilio.—Primer ardid de la guerra.—Derrota y muerte del pretor.—Otros triunfos de Viriato.—Condúcese ya con la prudencia de un consumado general.—Vence á otros dos pretores.—El cónsul Fabio Máximo Emiliano.—Vicisitudes de la guerra.—El cónsul Metelo.—El cónsul Serviliano.—Singular táctica de Viriato.—Ofrece la paz al cónsul cuando le tenía vencido.—Paz entre Roma y Viriato.—El cónsul Cepion.—Escandalosa violacion del tratado y renovacion de la guerra.—Muere Viriato traidoramente asesinado.—Carácter y virtudes de este héroe.—Sométense los lusitanos.

Uno de los héroes que gozan de justo renombre en la historia hispana, es el que vamos á historiar en este capítulo.

Entre los pocos lusitanos que habían logrado escapar de la matanza villanamente ordenada por el pretor Galba, hallábase un hombre de complexion recia, de corazon grande y de un alma tan elevada cuanto era su condicion humilde, porque había sido pastor de oficio. Este hombre se llamaba Viriato.

Habíanse derramado por el país él y los demas que milagrosamente salvaron la vida, pregonando la infame traicion de que habían sido víctimas tantos millares de compañeros suyos, y excitando á un levantamiento general para tomar venganza, no ya del pretor aleve que pronto se marchó á Roma, sino de la aborrecida tiranía romana. Sus acentos hallaron eco en el país, y no tardaron en reunirse hasta diez mil lusitanos, poseidos todos del mismo espíritu de indignacion; todos ansiosos de vengar tamaño ultraje. Nombraron jefe y caudillo suyo á aquel Viriato, sin duda por ser entre ellos conocidos ya su valor y su capacidad para grandes cosas. Pronto mostraron los sucesos que había recaído la eleccion de aquellas gentes en quien era digno de mandarlas.

Así sucedió, en efecto, y apenas se encargó del mando y reclutó alguna gente, hizo Viriato

to una irrupcion en la Turdetania hácia el estrecho de Cádiz, donde el Vetilio, pretorque había sucedido á Galba, le obligó á entretenerse por algun tiempo en lugares ásperos y frágosos. Como el hambre llegase á apretar ya á sus soldados, comenzaron algunos de ellos á mover pláticas de paz. Entendido que fué por Viriato, recordóles con energia la abominable conducta de Galba, la mala fe de los romanos, que tantas veces habían experimentado lo poco que había que fiar de sus palabras, y que entregarse á ellos era entregar las gargantas al cuchillo; que si querian seguirle y ejecutar lo que les mandara, él sabría sacarlos del peligro á salvo y con la honra que á hombres tan esforzados correspondia. Reanimó á todos este discurso, sintiéronse inflamados de ardor hasta los más pusilánimes, y todos á una voz juraron ejecutar sus disposiciones. Satisfecho Viriato de tan buena resolución, púsolos en orden de batalla, previniéndoles que cuando le vierañ montar á caballo, se desbandáran á un tiempo y por diferentes caminos que les señaló fueran á reunirse en Tríbola. Hiciéronlo así, y sorprendido el pretor con tan extraña manioobra, no sabia qué hacer ni á qué resolverse. Últimamente determinó perseguir á Viriato y á los jinetes que le acompañaban; pero el astuto lusitano, fingiendo por un momento hacer rostro al ene-



migo para dar tiempo á que su infantería estuviese á salvo, de repente mandó picar espuelas y las picó él mismo, y partiendo al galope por desusadas sendas dejó de nuevo burlados á los romanos, que ni conocían el terreno, ni por lo pesado de sus armas podían darles alcance (1).

Ganó Viriato con este primer ardid tanta fama con los suyos como enojo causó al pretor Vetilio; el cual, queriendo vengar la pesada burla, encaminóse con su ejército á Tribola, donde supo se hallaba el lusitano. Salió éste á recibirle: hizo ademán de aceptar el combate; pero vuelve luego espaldas como quien huye temeroso, hasta atraer el ejército romano á orillas de un bosque donde había dejado emboscada su gente. Entonces Viriato revuelve repentinamente contra el enemigo, la muchedumbre sale de la celada, cae como una nube sobre los romanos, que acosados por todas partes, sin poderse apenas mover, en terreno estrecho y fangoso, se dejan degollar hasta cuatro mil, entre ellos el mismo pretor, que yendo á buscar venganza encontró la muerte.

Seis mil hombres que habían quedado vivos se refugiaron á Tarteso. Desde allí el cuestor pidió auxilio á los tífios y belos sus aliados. Acudieron de ellos cinco mil, pero saliéles al camino Viriato, y dió sobre ellos con tal ímpetu, que ni uno sólo quedó con vida; no hubo, dice Apiano (2), quien pudiera llevar al cuestor la noticia del desastre. Permaneció aquel en Tarteso esperando socorros de Roma (147).

Vino el pretor Plancio en ocasión que Viriato recorría la Carpetania. Allí le fué á buscar el nuevo pretor; halláronse frente á frente el español y el romano. La misma astucia que había empleado Viriato con Vetilio en Tribola usó con Plancio en las orillas del Tajo: el éxito casi el mismo; cerca de otros cuatro mil romanos perecieron. Después de esto, Viriato repasa el Tajo y va á acampar á un monte de olivos no lejos de Eborá (3), donde espera á los romanos. El pretor, escarmentado ya, llevó allí todo su ejército. Empeñóse un combate formal en la llanura: larga y brava fué la pelea: aquello

(1) Apian. *De Bell. Hisp.*, pág. 490.

(2) Idem, id., pág. 490.

(3) Mariana le nombra el monte de Vénus.

tuvo ya todas las condiciones de una batalla. La victoria quedó también por los lusitanos. Viriato desplegó allí ya las dotes, no de un capitán de bandidos, como le llamaban en Roma, sino de un general experto, prudente y atrevido á la vez, que vencía en batallas campales. Ya Plancio no se atrevió á medir más con él sus fuerzas, y aunque era el medio del estío mantúvose encerrado en las ciudades amuralladas.

De los dos pretores que al año siguiente vinieron á España, Unimano y Nigidio, el primero halló pronto la muerte en las armas lusitanas en los campos de la que es hoy Ourique en Portugal; sus insignias pretoriales sirvieron de trofeo en los montes, junto con los estandartes romanos que en poder de Viriato cayeron. El segundo sufrió cerca de Viseo una derrota vergonzosa (146). Los triunfos de Viriato se iban contando por el número de pretores.

El primero que comenzó á quebrantar algo sus fuerzas fué Cayo Lelio, llamado en Roma el Prudente. Desplegando este romano su acreditada habilidad y experiencia, logró hacer cambiar la faz de la guerra, ó por lo ménos la sostuvo sin reveses, hasta que Roma, penetrada de que aquella lucha que en un principio llamaba *guerra de ladrones*, no era sino una guerra seria y formal, no poco comprometida y grave para la república, envió á España con extraordinarios refuerzos á Quinto Fabio Máximo Emiliano, que acababa de ser nombrado cónsul, hijo también de Paulo Emilio, y hermano de aquel Escipion Emiliano, que por este tiempo destruía á Cartago.

Contaba Fabio con el ejército de Lelio; contaba con el suyo, que de refresco venía. ¿Cómo podían resistir á tan imponentes fuerzas aquellas manadas de rústicos montañeses, conducidas por un hombre también rústico, cualquiera que pudiese ser el valor de aquel capitán improvisado?

Ufano de su fuerza y poderío, estableció el cónsul sus reales en Urso (hoy Osuna), y reuniendo allí los dos ejércitos, el de Lelio y el suyo, pasó á ofrecer sacrificios al templo de Hércules Gaditano. Pero mientras él se ocupaba en hacerse propicios á los dioses, Viriato daba buena cuenta de las tropas consulares



que, mandadas por el lugarteniente de Fabio, habían hecho una salida contra los lusitanos, que ya en busca de sus enemigos se aproximaban (145). Con la noticia de aquel descalabro, apresuróse Fabio á incorporarse á su ejército. La confianza del cónsul había bajado grandemente de punto. En lugar de emprender pronto la campaña á que le provocaba Viriato, dejó trascurrir todo el año en preparativos, siguiendo el prudente sistema que el otro Fabio Máximo había seguido en Italia con Anibal, como si por otro Anibal tuviese á Viriato el Fabio Máximo Emiliano. Así dejó espirar el tiempo de su gobierno; pero no hallando el senado quien reuniese las cualidades necesarias para hacer la guerra en España, prorogó á Fabio los poderes.

Á juzgar por los resultados, no fueron infructuosos los preparativos del cónsul, pues comenzando la nueva campaña, venció á Viriato y le rechazó hasta Bécor (144), obligándole luego el pretor á retirarse hasta las cercanías de Évora. Pero nada bastó á desalentar al intrépido lusitano. No tardó en congregarse nuevas tropas, y mientras el cónsul hacía cuarteles de invierno en Córdoba, Viriato excitaba á los arevacos, á los tricicios, á los vacceos y á los celtiberos á una alianza y general confederación contra el común enemigo, exhortándolos á unirse en derredor de un solo estandarte nacional, habiendo sido de este modo Viriato el primero que indicó á sus compatriotas el pensamiento de una nacionalidad y la idea de una patria común. Acudieronle unos con gentes, otros con armas y dinero, y si su proyecto no llegó á realizarse, por lo ménos no fué su voz desoída.

Después de algunos pretores, de quienes no nos han quedado hechos señalados, vino á España el cónsul Q. Cecilio Metelo, llamado el Macedónico, por haber subyugado la Macedonia (142). Andaban ya alterados los arevacos y celtiberos; Metelo los sujetó, tomando algunas ciudades, entre ellas Contrebia, no sin resistencia porfiada, y puso cerco á Nertobriga. Cuéntase de aquel cónsul en el sitio de esta ciudad un acto generoso, de aquellos que honran siempre al hombre, y que nosotros nos complace-mos en aplaudir, sin mirar si el que los ejecuta

es amigo ó enemigo. Jugaban ya los arietes contra la muralla; hallábanse dentro de la ciudad los hijos de un español que militaba en las filas romanas en clase de centurion; indignados los habitantes de la traición de su compatriota, colocaron á sus hijos en el lugar más peligroso del muro, donde deberían perecer los primeros. Informado el cónsul del caso, quiso más levantar el sitio que tomar la ciudad á costa de aquellos inocentes. Proceder tan generoso y humano le valió la amistad de muchos pueblos, que tal era la índole de los españoles (1).

Hacia entre tanto la guerra contra Viriato en la Lusitania el pretor Quincio con fortuna varia. Sucedióle el cónsul Fabio Serviliano, hermano adoptivo de Fabio Máximo Emiliano. Con el numeroso ejército que él trajo y con un refuerzo de caballos y elefantes que le envió de África el rey Micipsa, hijo de Masinisa, acometió á Viriato y le venció en el primer combate. Pero usando luego el lusitano de una de las sagaces maniobras de su táctica, revolvió sobre él con su acostumbrada rapidez é impetuosidad, mató tres mil consulares y forzó á Serviliano á abrigarse en Ituccia, ciudad de la Bética. No daba reposo Viriato á los enemigos: desde la aspereza de los bosques donde se escondía desprendíase como un funesto meteoro, se desgajaba al modo de una exhalación, y tenía á los romanos en perpétua alarma y rebato, hasta que la falta de mantenimiento le obligaba á retirarse á su país natal, donde se reparaba y daba nuevo ánimo á los suyos. De una de estas ausencias se aprovechó el cónsul Serviliano para apoderarse de la Beturia y del país de los cinesios ó cuneos, donde hizo cuarteles de invierno.

De todo esto se infiere que los españoles, aunque al principio no habían sido sordos á la voz de unión levantada por Viriato, no se ha-

(1) Refieren este caso Valerio Máximo, Aurelio Victor y Patérculo. Atribúyese también al cónsul Metelo un dicho que adquirió gran celebridad. Como para ocultar á los enemigos sus pensamientos, traía y llevaba las tropas de un lado á otro como sin plan ni concierto; se atrevió á preguntarle un centurion qué era lo que con aquellos movimientos se proponía: «Quería yo mi camisa», respondió el cónsul, si supiese que en mis secretos tenía parte.»



bian agrupado en derredor de aquel heroico jefe, como les hubiera convenido. Porque ni vemos unidad y acuerdo entre los españoles en las operaciones de esta guerra, ni á pesar de las pocas derrotas y de los muchos triunfos que Viriato alcanzara, observamos que engrosáran sus bandas lo que habia sido de esperar, ni hacia más que pelear brava, pero aisladamente, como en el principio de la campaña. El espíritu de localidad predominaba todavía en aquellos españoles, para quienes parecia ser la más difícil de las obras la union.

Mas ni por eso Viriato reposaba, ni era posible á los romanos reposar con él. Apenas pasado el invierno, reapareció el infatigable lusitano y tomó cuatro ciudades, Gemela, Escadia, Obólcola y Baccia (que acaso son Martos, Escua, Porcuna y Baeza). Manteníase por él Erisana (1). Sitióla el cónsul Serviliano (141). Pero el astuto Viriato halló medio de introducirse en ella de noche y á las calladas, sin ser visto ni sentido. Á la mañana siguiente hace una salida tan impetuosa como inesperada, se arroja sobre los sitiadores, los pone en precipitada fuga, los sigue, los acosa, logra encerrarlos en la estrecha garganta de una montaña, en un desfiladero sin salida. Fácil le era á Viriato acabar con todo el ejército consular; pero el magnánimo guerrero español quiso más pedir la paz al pueblo romano cuando era vencedor, que aceptarla cuando fuese vencido (2). Entónces convidó con la paz á Serviliano. Admirable contraste el de la generosidad del guerrero español con la matanza aleve del romano que le movió á emprender la guerra!

No era ocasion para que dejara de admitir el cónsul una paz que ciertamente en su apu-

(1) No hemos podido averiguar la situacion de esta ciudad antigua, como acontece con otras muchas. Debemos advertir aquí que muchas de las poblaciones de aquel tiempo que se mencionan en las historias latinas, no podian ser ciudades en el sentido y significacion que hoy tiene esta palabra. Reducíanse por lo comun muchas de ellas á una aglomeracion de casas y chozas en que se albergaban aquellos moradores rústicos y sencillos que hemos descrito en nuestro tomo primero.

(2) *Pacem á populo romano maluit integer petere uam victus.* Auret. Victor.

rada situacion no esperaria. Concertóse, pues, que los romanos conservarían lo adquirido, obligándose solemnemente á no pasar adelante y que habria paz y amistad entre el pueblo romano y Viriato. Confirmado el convenio por el senado y el pueblo de Roma, esta paz debia de ser sagrada para la república. Pero faltábale al nombre romano una mancha que acabara de hacerle abominable en España, y llegó este caso ignominioso para el pueblo-rey.

Confió el senado el gobierno de la España Ulterior á Quinto Servilio Cepion, hermano de Fabio. No podia haberse elegido un hombre ni más inepto como guerrero, ni más malvado como hombre. Este hombre ambicioso, pérfido y avaro, sin mirar que la letra del tratado estaba reciente todavía, que habia sido pactado por su hermano mismo y que habia sido debido á la magnanimidad del vencedor, persuadió al senado la necesidad de romper de nuevo la guerra contra Viriato, so pretexto de que era indigna de la majestad del pueblo romano aquella paz. Decia verdad en esto, pero era una paz solemnemente aprobada; bien que el senado mismo se alegró acaso de encontrar un hombre tan desleal como Cepion, y accediendo á su propuesta, dió otro testimonio más de que la fe romana no rendia parias á la fe púnica, y de que Roma no marchaba por más noble senda que Cartago.

Descansaba Viriato confiado y tranquilo en una ciudad de lo interior de la Lusitania, cuando supo con sorpresa que Cepion, faltando á todos los derechos divinos y humanos, habia renovado la guerra y se encaminaba á buscarle. Salió Viriato á recibirle con la escasa gente que pudo reunir. No fué grande hazaña en el cónsul el obligarle á hacer una retirada; pero proporcionándose luego algunos socorros entre los celtiberos sus amigos, todavía acreditó á Cepion en un encuentro que era el mismo Viriato, y con una de sus estratagemas le dejó tan burlado como en el principio de su campaña habia dejado á Vetilio y á Plancio.

Entónces resolvió el cobarde cónsul deshacerse por medio de una traicion del mismo á quien no podia vencer con las armas. Vinole bien que Viriato, acaso con el fin de libertar



á su patria de los horrores y devastaciones que por todas partes Cepion cometia, le enviara tres embajadores recordándole el tratado concluido con su hermano. El perverso cónsul sobornó con dádivas y promesas á los tres legados, los cuales tuvieron la flaqueza, indigna tambien de pechos españoles, de comprometerse á dar muerte á su propio general. Volvieron los enviados al campo lusitano, y entrando en la tienda de Viriato á hora muy avanzada de la noche, en su mismo lecho, donde le encontraron dormido, le cosieron á puñaladas (140).

Así pereció el gran Viriato, uno de los capitanes más ilustres que España ha producido: así pereció para baldon perpetuo de Roma el que por tantos años hizo frente á su poder y humilló tantas veces sus legiones. Los historiadores romanos no pudieron dejar de reconocer su mérito y sus virtudes.—«Viriato, dice Apiano, en medio de los bárbaros se distinguió por las virtudes de un general: no hubo una sola sedicion entre sus tropas; nadie fué más equitativo que él en la distribucion del botín.»—«Viriato, dice Floro, de cazador se hizo bandido, y de bandido general, y si la fortuna le hubiera ayudado, hubiera sido el Rómulo de España.» Sus mismos enemigos le hicieron justicia. Jamas pensó en enriquecerse. Cuéntase que el día que se celebraron sus bodas con la hija de un principal español, mientras los convidados se entregaban á los placeres del festin, él ni soltó la lanza ni tomó más sustento que el ordinario, que se reducía á carne y pan; y que terminada la fiesta de familia, tomó á su esposa, la subió en su mismo

caballo y la condujo á los montes, donde ya sus secuaces le aguardaban.

En otro país que no fuera España, apenas se comprenderia que un hombre, desde el humilde oficio de pastor de ganados, y despues soldado de montaña, llegara á hacerse, sin otra escuela ni instruccion que su genio y el ejercicio práctico de las armas, un general temible á la más poderosa de las repúblicas, hasta el punto de hacerla pactar como de poder á poder. La historia nos enseñará cuán fecundo ha sido siempre nuestro suelo en hombres, que dejando la esteva ó el cayado para empuñar la espada, han sabido hacerse con su valor y sus hazañas un renombre ilustre (1).

Cuando los asesinos de Viriato se atrevieron á reclamar el premio de su inicua accion, respondiéseles que Roma no acostumbraba á premiar á los soldados que asesinaban á su jefe. Á Cepion le fué negado el triunfo: el senado adquirió el fácil mérito de desaprobár su conducta.

Sucedió á Viriato un hombre llamado Tántalo. Pero un héroe no es fácil de reemplazar. El nuevo caudillo capituló luego con los romanos: los lusitanos depusieron las armas, y el mismo Cepion les dió tierras que pudiesen cultivar tranquilamente, con lo que se dió por terminada aquella famosa guerra.

(1) El historiador inglés Dunhan compara á Viriato al famoso irlandés Wallace; pero ni este guerrero célebre del siglo XIII era de humilde prosapia como Viriato, ni le igualó en hazañas ni en virtudes. En España nos sería fácil encontrar copias más exactas de este personaje.